

pintoresco, arrebatador, latino. Construía como en «la terreta», con muchas trasposiciones en el uso de las preposiciones y muchos modismos regionales; y su conversación la esmaltaba de esas interjecciones mal sonantes, con eñes y con jotas, que tanto abundan en mi rico idioma castellano como en su dialecto natal.

¡El trabajo que le costaría a aquel hombre pulir su oratoria en el Parlamento!

* * *

Yo llegué a tener gran amistad con él, del que sólo me separaban diez y ocho años de edad; le leía todo lo que yo escribía y con su visto bueno se me publicaba. Por aquel entonces ya estaba dándole vueltas en el meollo a su viaje de «colonización» a América y su vuelta al mundo. Frecuentemente nos decía al hablar de sus proyectos:

—Estáis acostumbrados a decir Vicente, Vicente, y no sabéis ni se os ocurre pensar que Vicente va a tener todo el dinero que quiera.

En aquel mismo hotelito del que salía Blasco Ibáñez «doblando a Cristóbal Colón», entró Consuelito Bello, «Fornarina», nuestra gentil cupletista de rango internacional; la frágil muñequita de ámbar que falleció en pleno éxito y plena juventud, días después de «haber visto» en la Cibeles, cara a cara, a la muerte que se cruzó con ella mirándola intensamente desde los cojines de un lujoso landó.

Consuelito; con un extraño frío, le dijo a su hermana:

—¿Has visto? ¡Es la muerte!

¡Y lo era!

* * *

La primera vez que me comprometí a hablar en público (y lo hice muy mal entonces como sigo haciéndolo todavía en las pocas veces que me he vuelto a ver en igual caso), traté de esta figura literaria en un Ateneo privado, como quien dice: en un Ateneo de vía estrecha o un Ateneo para casa de los padres, que teníamos montado unos cuantos estudiantes en un piso segundo de la casa número doce de la calle del Conde de Xiquena, en Madrid.

Porque yo, admirado y generoso González Ruano, no sólo conocí a Blasco Ibáñez, sino que conocí también al número doce de la calle del Conde de Xiquena, a Manolo Núñez de Arenas, y a su bella e inteligente hermana Luz, descendientes de Espronceda por la rama de los Escosura.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



PAGINA POETICA

DE FERNANDO BRAVO

SOLO TENGO AMOR...

(Villancico)

Para mis hijos Eugenio, M.^o de Altagracia
Amelia y Miguel A. Vicente Bravo Marcos.

I

Quién fuera Mago
o quién pastor,
para que mi halago
tuviera valor.

II

Si vais los pastores
cantando a Belén
con puros loores...
Yo ¿qué cantaré?
¿qué?

Magos, si dais oro,
mirra, incienso y fe,
al Niño que adoro...
Yo ¿qué le daré?
¿qué?

III

¡Quién fuera Mago
o quién pastor!
Para hacerle pago
¡sólo tengo amor!

OCULTO SENTIDO

I

Oír lo que ya escucharon,
mirar lo que otros han visto,
aspirar el mismo aroma,
andar iguales caminos...

Monótona cantinela
la vida, con sus sentidos.

II

Para ser un hombre más
atado al número cinco
—cinco esclavos de la carne—
yo no os quiero que os maldigo.

III

Encierro dentro de mí
un fiel, secreto sentido,
que me levanta hasta Dios
si más y más me limito;
que me entrega el mundo virgen
de todo pecado limpio.

Es el amor.

¡La intuición del infinito!

